



Información Temática

ANÁLISIS DE LA PROBLEMÁTICA DE CASCOS ANTIGUOS A TRAVÉS DE ALGUNOS CASOS CONCRETOS

Por Juan Enrique de Balbin Behrmann

Para mí es evidente que atravesamos un período de destrucción de la cultura. Para mí es evidente que esto no es casualidad ni absurdo, sino que es perfectamente coherente con el sistema en que vivimos.

Parece contradictorio, pero es real, que hoy día las ideologías conservadoras destruyen sistemáticamente (y disimuladamente) los vestigios de cultura; y las ideologías progresivas pelean por la conservación de los elementos culturales del pasado. Parece que las etiquetas están equivocadas, pero no es así.

La identidad del hombre, y por tanto su capacidad de afirmación (y de protesta) se basan en su bagaje cultural.

Entendiendo la cultura como "cultivo", es decir, el repertorio de imágenes y experiencias que atan su existencia con la de los hombres que la precedieron; y, por tanto, le dan una realidad y una situación frente a las circunstancias exteriores. Un hombre sin memoria casi no existe, es incapaz de formular respuestas coherentes ante lo que le rodea.

Un pueblo sin memoria, cuya cultura se borra o se arranca, se convierte en un guiñapo fá-

cil de manejar, capaz de ser manejado sin estridencias ni roces. Se convierte en uniforme e indiferenciado y va por donde le dicen.

Pienso, que, expresamente o no, estas ideas presiden la historia breve de la destrucción masiva de nuestro patrimonio cultural.

Naturalmente, todo esto no se puede decir claramente. Es preciso disimular y confundir para llevar a cabo ese lavado del colectivo cerebro.

La riqueza cultural engendra la exigencia del derecho a la plenitud de vida. Esa plenitud de vida pasa, evidentemente, por una serie de exigencias económicas.

En cambio, el señuelo del dinero (me resisto a llamarlo riqueza) pasa por la destrucción de la cultura para llegar a la negación de las exigencias económicas normales.

Poseo un gran respeto por la economía. Por eso rechazo la interpretación de todos los valores de la vida traducidos a *dinero*, porque considero que es una estúpida tergiversación de la economía.

El dinero no es riqueza, sino, con gran frecuencia, el plato de lentejas por el que se cam-

bia la riqueza (y, además, al final el plato de lentejas se lo come otro).

Nuestro patrimonio cultural está siendo destruido irreversiblemente. No me refiero a la lista de "Monumentos Catalogados" (que tampoco se libra del embate, pero, en resumen, es una coartada engañosa). Me refiero al patrimonio urbano, arquitectónico, rural, paisajístico, creado por nuestra comunidad nacional durante una serie de siglos.

Se nos vende "el progreso" y "el desarrollo". Se nos plantea que salir de la pobreza y la miseria es contrapuesto con conservar lo que el pasado nos ha legado. Se recurre a pintarnos el pasado como antihigiénico, humillante y penoso, algo que hay que borrar (cochambre). Desde luego, en nuestro pasado hay gran cantidad de cosas penosas. Pero a través de ellas, y a pesar de ellas, la colectividad ha conseguido producir y expresar una serie de respuestas que eran y siguen siendo válidas. Para construir cualquier otra cosa, la más nueva y la más apasionante, no podemos negar nuestras raíces, porque entonces no seremos hombres, sino piezas anónimas. No seremos un pueblo curtido, sino un rebaño de corderos. No podemos utilizar la experiencia que produjeron nuestros momentos penosos, y, por tanto, nunca podremos salir de ellos. (No es bueno que los borremos, sino que los recordemos. Expresados, además, a través de una finura y sabiduría colectivas que los hacen trascender del mero testimonio para convertirse en lenguaje estético).

Voy a repasar brevemente sobre algunos casos de mi experiencia profesional, pueblos o ciudades en los que la vivencia urbanística me ha hecho no considerarme un extraño, aunque en alguno de ellos quizá tampoco me consideren un amigo (aunque lo soy).

Comentaré tres casos: Astorga, centro comarcal de servicios; Chinchón, colectividad agrícola; Galapagar, pueblo ganadero (estos calificativos corresponden a lo que *eran*) y después hablaré un poco del llamado viejo Madrid.

Las tres primeras poblaciones no saben claramente lo que eran (y menos lo que ahora son). Madrid menos aún que ninguna de las otras (pero en todas ellas hay gente que sí lo sabe, y lo que fueron determina grandemente su realidad actual).

Dentro del proceso de aculturación un primer paso importante son los traslados masivos de población. Astorga y Chinchón están dañados porque la gente se está marchando. Galapagar y Madrid se destruyen porque viene gente de fuera. En una especie de pesadilla, todo el mundo tiene que cambiar de sitio, dejando atrás muchas cosas.

De acuerdo, en el campo sobran brazos. De acuerdo, la industria los necesita. Pero todo podría haber sido menos traumático, menos destructivo. Podría (debería) haberse trasladado el capital en busca de la gente y no la mano de obra en busca del trabajo. Es un absurdo coste

social el tener el patrimonio inmobiliario vacío en medio país (casas y pueblos abandonados), mientras en la otra mitad es imposible suministrar viviendas suficientes, ni mucho menos en calidad y precio conveniente. Se abandonan estructuras urbanas, para después intentar crear otras desproporcionadas, inabordables y alienantes y con costos elevadísimos de todo orden.

Pero yo no creo que todo esto sea un error ni un descuido. Creo que es exactamente lo que convenía a las estructuras de poder. Porque manejan un pueblo desvalido y emigrante, *extranjero dentro de su propio país*.

Astorga ha sido un núcleo comarcal importante durante muchos siglos, además de un centro de intercambio comercial con alcance extracomarcal. Desde antes de los romanos (ignoramos cuanto antes) hasta nuestros días una colectividad de hombres ha estado asentada en este mismo punto, en diario intercambio y relación con el mismo medio, con el mismo entorno. Gran parte de las experiencias acumuladas por esta colectividad pueden todavía conocerse, entenderse y sentirse con sólo recorrer los pueblos y campos de la comarca y en cabecera. Nada es arbitrario ni sin una razón y cada colectividad construye su propio molde y deja su propia impronta.

En un cierto momento las circunstancias del país y el enfoque que se le ha dado hacen insostenible permanecer en unos campos escasamente productivos pero sobre todo descapitalizados. Las inversiones, tanto públicas como privadas, se acumulan en cualquier otro sitio y desde allí se burlan de nosotros (una política que hubiera tenido esa intención podría haber enriquecido el país a lo ancho y largo con mucho menos costo, con cantidades muy pequeñas en comparación con las grandes inversiones del transvase de población, revitalizando lo que había, y que ahora, en buena parte, se deteriora irreversiblemente).

Y la gente va marchándose. Gentes de la comarca de Astorga se encuentran por toda Europa y América. Y por toda España. (Gentes arrancadas de su medio, sin raíces sin pertenencias. No basta con decir que han subsistido. O incluso que hayan prosperado. Si lo han hecho es por su propio mérito y en contra de una situación organizada contra ellos. Sin que nadie les ayudara. Y dejando muchas cosas en el camino). Conozco muy pocas familias en la comarca de Astorga que no dependan del correo, precedente para cada familia de muchos sitios diferentes, para mantener unos ciertos lazos.

Astorga, la cabecera comarcal, acusa los resultados del proceso. Las gentes más activas y emprendedoras se van. El paso por Astorga de los emigrantes, en una primera estación de su recorrido, que continuará después en otras direcciones, cada vez más lejanas, produce una ficción de crecimiento, que cualquier análisis demostrada claramente como un fuego de bengalas donde se quemaban los verdaderos recursos comarcales (movimiento producido al irse).

Astorga trata de ignorarlo. Se adormece pensando que nada ha cambiado; y de cuando en cuando se despierta intentando transformarse en Madrid o Barcelona o León o cualquier otro lugar. Abandonar, borrar lo que era y construir sobre sí misma un avispero de bloques, a imitación de lo malo de otros lugares. Se abandonó la producción de riqueza, y se busca sustituirla con un movimiento económico tan falso como el inmobiliario (que consiste en mover mucho dinero, simplemente por subir el precio de las cosas; no porque lo que se haga, valga más o sea mejor, sino simplemente porque cuesta más caro). Con eso no se consigue ni estabilidad ni desarrollo, pero hay una apariencia de movimiento económico que lo único que hace es depreciar todos los demás productos y actividades en su valor de cambio; y, por lo tanto, invitan a seguir abandonándolas.

Así, en el tiempo que llevo conociendo Astorga, la he visto contorsionarse sobre sí misma, sin conseguir ofrecer ni una industrialización proporcionada ni una mejora del campo. Sin conseguir siquiera ofrecer vivienda a los que vienen, ni sobrepasar sus antiguos límites, barreras a su desarrollo que en parte se ha producido y que era bueno que se produjera, porque permanecer en la Astorga no era irse de la comarca.

La mayor parte de lo construido últimamente no ha hecho sino destruir y empobrecer el Casco Antiguo (que era el legado necesario a conservar) sin conseguir crear, fuera de ese Casco, ningún intento de ciudad de hoy.

En la actualidad, el Plan urbanístico propuesto se debate, tratando de conseguir mayores alturas de edificación en el interior del Casco (obsesivamente, sin sopesar razones ni haber siquiera escuchado todos los demás aspectos y problemas que la población tiene planteados).

Chinchón es uno de los más bellos conjuntos urbanos de la Provincia de Madrid, realmente coherente con la sociedad y la vida que lo crearon.

Es un pueblo agrícola. Y todavía no existe en el país otro modelo de sociedad que sustituya a la agrícola con ventaja, en cuanto a equilibrio y coherencia.

La población de carácter agrícola es uno de los modelos físicos más coherentes y terminados. El instinto de propiedad y comunidad se reflejan en lo aprovechado y pensado de cada palmo de terreno y en la importancia de las instituciones y usos aceptados por la comunidad. El sentido de la economía (porque los resultados se consiguen diariamente con duro esfuerzo y tesón) se traduce en soluciones urbanas muy ajustadas, sin ningún intento de alarde ni despilfarro, y precisamente por ello agradables y funcionales. El pueblo agrícola carece de concesiones a la vegetación. Nunca han existido zonas verdes (el hombre vuelve al pueblo para descansar de su lucha con la naturaleza) y el ambiente que se procura crear es intencionadamente urbano, cerrado y terminado. Existe un

gran cuidado, por ejemplo en las pavimentaciones, intencionadamente artificiales. El ambiente se compone de piedra, cal, cerámica, pero siempre de un modo elaborado (ni natural ni rústico).

Sí existe, en cambio, un gusto por los jardines, pero *siempre al interior de los edificios*. Existen dos Chinchones, uno el que se ve por la calle (más bien hermético) y otro al interior de las fincas (cerradas con altas tapias y grandes portones), fresco sombreado y vegetal. Los patios ocupan la mitad del Casco Urbano de Chinchón.

La casa en Chinchón no se puede llamar unifamiliar. Es familiar. Sólo recorriendo Chinchón se da una cuenta de lo que es *una casa*. Una casa no es un edificio ni es un bloque, ni mucho menos es una torre. Una casa es un lugar para vivir, parte habitaciones y parte patio, sin que exista una diferencia nunca clara entre exterior e interior (dentro de la tapia, naturalmente).

A diferencia de otros lugares, Chinchón es aún Chinchón.

Nadie construye ya casas, sino bloques. La gente empieza a querer comprar *pisos*. Pero la mayoría vive todavía en casas. El problema no sería conservar el Casco Antiguo intocado (nos dice el "Boletín Oficial del Estado" que es Conjunto de Interés Histórico Artístico), sino mantener la tipología de edificación que existe, infinitamente superior a lo que ahora hacemos. Es decir, no importa que se derriben o sustituyan edificios a un ritmo normal. Sí importa, en cambio, que cada *casa* se sustituya por un bloque de pisos, aun cuando éstos tengan una proporción y volumen que concuerda con el entorno. (Descartamos la hipótesis de construcciones fuera de escala. Aun en las que están en escala, *importa su calidad*; si el precio del suelo se ajusta a construcciones mínimas en pisos, no será viable que nadie construya *casas* y, por lo tanto, el nivel de calidad de la edificación se degradará). Tendremos una colectividad que vive en casas para seres humanos transformándose (por razones ajenas a su voluntad) en una especie de suburbio bajito.

Esto último debería evitarse, pero no es posible hacerlo por medio de regulaciones urbanísticas: es preciso que la gente *sepa y quiera*. Y, sobre todo, alguien debería hacer algo por parar un proceso que convierte a hombres normales en alojados suburbanos en su propio pueblo en aras de un proceso pseudo económico que enriquece a unos pocos a costa de todos los demás. Puesto que Chinchón, como todos los demás pueblos, se encuentra inmerso en un proceso de prostitución general del país en el que todo se vende por dinero, incluso lo que luego se quiere comprar y ya no existe.

Chinchón se enfrenta, en resumen, con el problema de que su estructura urbana espléndida deja de ser viable por una especulación de sue-

lo que le es ajena, que le viene impuesta. Por un lavado de cerebro general del país. Todo lo que tenemos y somos no vale nada medido en dólares, o en papeles de colores. Por lo tanto, debemos irnos a vivir a un piso en Móstoles, de 80 metros cuadrados y donde se oiga cómo se lava los pies el vecino de arriba.

Debo manifestar, que como urbanista raso, no puedo ofrecer solución a este problema.

Galapagar era un pueblo serrano y ganadero. Un pueblo ganadero casi no existe y existe mucho. Son una serie de casas un poco más juntas que otras, entre las cuales hay prados y establos. Las calles son al mismo tiempo regueros. Es un trozo de campo donde hay casas juntas.

Las alineaciones de las tapias son curvas, es una estructura orgánica e integrada con el medio natural. Los edificios son de cantería a hueso, tomada directamente del suelo, pues la roca se mezcla con el prado o el arbusto en todas partes. Es un esquema muy distinto del pueblo agrícola, o del centro comarcal de servicios. Y muy válido para la colectividad que lo creó e inapropiado para cualquier otra.

En un cierto momento, Madrid explotó. Poco a poco, sin ruido pero sin pausa, Madrid se convirtió en insoportable para muchos de sus habitantes, y los que podían hacerlo empezaron a comprar terrenos por la sierra. Descubrieron la segunda vivienda (lugar donde se suponía que podrían compensar, durante el fin de semana, la frustración, la estrechez, la incomodidad de Madrid) y Galapagar, como muchos otros pueblos de la sierra, se vendió.

No interesa entrar aquí en el análisis del proceso (no planificado, incoherente, deficiente en todos los aspectos, pues el producto que se ofrecía —el campo— se iba estropeando definitivamente a cada nuevo trozo que se vendía).

El pueblo ganadero entró en la filosofía del "desarrollo" metropolitano. A la venta de terrenos siguió la necesidad de construir los chalets, y con ésta la afluencia de inmigrantes de un curioso tipo tangencial (en buena parte son extremeños que emigraron no a Madrid sino a la sierra, tuvieron la buena fortuna o la sabiduría de quedarse fuera).

Lo que Galapagar haya sido antes ya no interesa. Con la única objeción de que eso que era antes era lo que la gente "compró" cuando fue a Galapagar. Se supone, de todos modos, que llegó "el progreso". Seamos madrileños metropolitanos y que nadie sepa de donde procedemos (si el cambio está bien pagado, para la mayor parte de la gente no lo está, de todas formas).

Supongamos que esa colectividad ha elegido cambiar, a tierra quemada. Lo único que a uno le pone nervioso es ver derribar una casa de cantería tradicional y levantar al lado, en los bajos de un bloque, un mesón de estilo "serrano", imitando con placados y emplastos (caricaturizando) unas formas culturales que eran válidas. (Esto último no es específico de Galapagar sino de todos los Cascos Antiguos que

estamos tratando, y seguramente de todos los demás; con la diferencia de que en Chinchón, el mesón será "manchego", y en Astorga "románico". (Como consuelo nos queda saber que si se proyectan en esta forma, Bellas Artes, o como ahora se llame, da el visto bueno. Y lo niega, en cambio, si se utiliza carpintería de aluminio en los huecos.)

Finalmente, Madrid. El Casco Antiguo ha sido durante muchos siglos la única ciudad, es el verdadero Madrid, aunque ahora sea sólo una pieza muy pequeña dentro del conjunto.

La temática urbana que en el Casco Antiguo de Madrid se plantea es generalizable, es decir, es válida para una gran parte de las ciudades españolas. Es el tema del centro tradicional de las ciudades en todos los países con historia, al llegar a la época de la explosión urbana en que ahora estamos.

El centro tradicional sigue siendo el centro neorágico de la ciudad, "la verdadera ciudad".

El centro tradicional de la ciudad está siempre ocupado, en buena parte, por viviendas.

Como los usos comerciales y administrativos ofrecen mayor rentabilidad en pesetas y el centro conserva su poder de atracción, estos usos van sustituyendo a los de vivienda.

Los usos comerciales y administrativos producen una multiplicación vertiginosa de los movimientos en la zona. Al faltar, en general, un transporte público proporcionado a esa demanda, los movimientos se realizan en vehículo privado.

Al no permitir la trama urbana el acceso ilimitado del vehículo privado, se llega a la saturación. No se puede aparcar, los movimientos se hacen más lentos o colapsan.

La saturación hace bajar al valor pesetas de esa zona de la ciudad.

Al llegar a este punto, se acabó el negocio. Los usos que se han embutido ya en el centro tradicional empiezan a perder rentabilidad en pesetas. La vivienda ha perdido parte de sus condiciones favorables, debido a la saturación de la zona, y ha quedado ocupada por una población que, en general, es de bajo nivel económico (la que no ha tenido la oportunidad de irse durante la primera escalada del deterioro, los que no tenían coche).

A partir de esa coyuntura, la perspectiva general empieza a cambiar: sólo los que se han quedado en el centro tienen acceso cómodo y fácil a las ventajas acumuladas en esa zona. Los restantes ciudadanos gastan una parte importante de su tiempo en colas, atascos, etc., cada vez que quieren llegar hasta el centro. El nivel de saturación permite ir recuperando un ritmo más sereno en todas las zonas marginales que se producen dentro de la zona centro.

Para el conjunto de la ciudad quedan dos alternativas: una es confirmar estas zonas incrustadas en la zona centro como residenciales, lo que permitiría mantener constante la generación de movimientos. El mejorar las características de la barriada para su uso residencial, es labor abordable y escasamente costosa.



**Análisis
de la
proble-
mática
de Cascos
Antiguos**

La otra alternativa es reciclar esas zonas de la ciudad, continuando en la línea de la transformación de usos.

La revalorización de las zonas centro, después de producida la primera saturación, produce los siguientes efectos:

Concentrar, fuera de los límites naturalmente fijados, usos que precisa la mayor parte de la población en zonas de difícil acceso. Obligando, por tanto, a un número progresivo de ciudadanos a acudir a esa zona.

Deterioro irreversible del centro tradicional, destruyéndose su arquitectura y sus características urbanas.

Seguir caminando en busca de un nuevo techo hasta alcanzar la segunda saturación. A partir de ahí, el fenómeno puede ir repitiéndose en nuevos ciclos. Cada uno de ellos lesiona irreversiblemente el esquema total de circulaciones en la ciudad, volviendo a hacer pasar todos los sucesivos aumentos por el sitio peor.

Cada una de las operaciones de reciclaje de la zona centro tiene que ser realizada con gastos elevadísimos, que repercuten en todos los ciudadanos y cuyos beneficios en pesetas y a corto plazo van a parar a un pequeño número de bolsillos privados.

Dado que el talón de Aquiles del valor pesetas de la zona centro es la posibilidad de acceso en vehículo privado, la estrategia del desalo-

jo se produce siempre con medidas circulatorias, de apariencia benéfica.

— Hagamos pasos a desnivel ("scalestrics"), para hacer más fluida la circulación.

— Hagamos aparcamientos masivos para que los coches, aunque lleguen lentamente y a costa de cualquier precio, puedan luego detenerse y almacenarse.

En esta forma, medidas cuyo aspecto aparente es beneficioso para la ciudad (remediar la congestión) son realmente parte de la estrategia de desalojo dirigida contra los habitantes de la zona en primer término, y en segundo contra todos los habitantes de la ciudad, que son conducidos en una dirección, que significa el suicidio de la ciudad a cambio de beneficios a corto plazo para unos pocos.

La falta de verdadera información y consulta de la opinión pública, junto al aparato triunfalista publicitario que suele acompañar estas operaciones, hace que los ciudadanos las vayamos tragando una tras otra.

Ultimamente, entre bromas y veras, se nos dice que somos ya un pueblo maduro. Yo sí creo que somos más maduros de lo que se esperaba, de lo que se pretendía. Dentro del manejo de cosas que tenemos que recuperar, que tenemos que exigir, que nos tienen que devolver, están los Cascos Antiguos de nuestras ciudades.

No es un problema de especialistas, ni de estetas, ni de una élite del tipo que sea. Es un problema de todos los ciudadanos. ■

**PEDIDOS
DE ESTAS
PUBLICACIONES**

Directamente:
Instituto de
Estudios de
Administración
Local.

Joaquín García
Morato, 7.
Madrid - 10
(España).

